

2



ESPIA

VEINTE AÑOS DE SERVICIO SECRETO



MEMORIAS DE GORDON LONSDALE

En la casa que los Kroger poseían en Ruislip, Lonsdale montó su emisora. A mediados de 1956, los Kroger marcharon de vacaciones a Irlanda, dejándole a Lonsdale la llave de su residencia. Cuando regresaron ya tenía el espía instalado su puesto emisor para comunicarse con Moscú. Las transmisiones con el Cuartel General no duraban nunca más de treinta segundos y se realizaban en las primeras horas de la mañana. La emisora se encontraba disimulada bajo el piso de la cocina. En el ático de la casa, Lonsdale logró esconder un conjunto de auriculares y una antena de cuarenta y cinco metros. La casa se encuentra cerca de la base aérea norteamericana de Ruislip, telaraña de telecomunicaciones que hacía casi imposible la detección de la radio de Lonsdale.





Peter y Helen Kroger, librerías anticuarios, poseían una tienda en el Strand de Londres. «Era una pareja encantadora que se decían neozelandeses», escribe Lonsdale. Los conoció incidentalmente en un café parisino a mediados de 1955 e intimaron profundamente con el espía, debido a su común afición por la literatura extranjera, acogiéndolo en su casa de Ruislip. Fueron condenados por el Tribunal de Old Bailey a veinte años de prisión, al mismo tiempo que Lonsdale. A la derecha, la cocina de la casa —la White House— que habitaba en Londres el agente soviético. Todo el edificio parecía una madriguera oscura. «Mi cocina era admirable —escribe Lonsdale—; carecía de ventana y constituía un laboratorio fotográfico en el que podía manipular con mis micrófonos sin que nadie me molestara».

ESPIONAJE EN GRAN BRETAÑA

Terminada la guerra, Lonsdale fue destinado a Berlín, ya como miembro del servicio secreto, donde desempeñó un cargo en la administración militar soviética. Después, ingresó en la Universidad y comenzó a estudiar derecho internacional, pero no pudo llegar a graduarse debido a inconvenientes de trabajo. A finales de 1950 lo enviaron a los Estados Unidos en donde actuó como agente a las órdenes del famoso coronel Rudolf Ivanovich Abel, jefe de la red secreta soviética, que en 1957 fue detenido y condenado a treinta años de prisión por espionaje. Abel fue canjeado posteriormente por Powell, el piloto del avión espía norteamericano «U-2», derribado por los rusos, cuando volaba sobre su territorio, el día primero de mayo de 1960.

En el verano de 1954, Lonsdale recibió órdenes para que se preparara para trasladarse a Gran Bretaña, donde llegó a primeros de 1955.

En el Reino Unido, el trabajo de Lonsdale consistió en vigilar las actividades de un grupo de biólogos, antiguos nazis, dedicados a preparar nuevas armas bacteriológicas, y neutralizar sus trabajos; penetrar en los secretos de la OTAN respecto a sus planes de ataque a la Unión Soviética, e intentar apoderarse de la mayor cantidad de información posible sobre la base para submarinos de Portland.

Lonsdale se valió de varias personas para su trabajo de espía. Entre ellas estaba el matrimonio Kroger, unos amigos ocasionales, en cuya casa el agente soviético logró instalar una emisora; Harry Houghton, empleado en Portland, y Bunty Gee amiga de éste, que tenía acceso a los planes de la OTAN. Hasta 1960, Lonsdale no fue descubierto.

EN el verano de 1954, Alec —mi jefe en Nueva York— me dijo que estuviera preparado para una nueva misión en el Reino Unido. Yo mismo me daba cuenta de que había hecho todo lo que podía hacer en Estados Unidos, de modo que mi traslado no me causó sorpresa. Incluso, puede que aquella fuera precisamente la razón del cambio. Alec me dio detalles de varios objetivos británicos importantes, especialmente relacionados con el «Germ Warfare Centre» de Porton. Dijo que había fundamento para pensar que estaban siendo desarrolladas nuevas y peligrosas armas de guerra biológica en el «Centre», incluyendo nuevas especies de gérmenes y los medios de su distribución. Estaba claro que era importantísimo para nosotros descubrir todo lo que pudiéramos sobre este asunto para que pudieran prepararse las contramedidas necesarias. También existía la fundada sospecha de que algunos ex nazis habían encontrado refugio en Porton, con el resultado de que cualquier hallazgo significativo conseguido allí, sería al mismo tiempo conocido en Bonn.

Alec supo que un antiguo nazi, acusado

SIGUE



El apartamento del espía en Londres no pasaba de ser una residencia pequeño burguesa. Allí estudiaba Lonsdale sus informes y sus operaciones. Detrás de la cabeza se ve un pequeño aparato receptor. Lo adquirió en un comercio cualquiera por treinta y siete libras. Esta sencilla radio poseía, sin embargo, una extraordinaria banda de onda corta. A través de ella recibía el agente las consignas de Moscú.

de crímenes de guerra y profesor de microbiología, se encontraba en Haven preparando una terrible operación. Se trataba de distribuir ciertas bacterias patógenas en alguna zona de la Gran Bretaña y hacer responsable del hecho a los servicios secretos soviéticos. Era de vital importancia investigar el caso y convertir en inofensivo a aquel «científico». Adelantándose a mi historia, diré que mis colegas y yo conseguimos pleno éxito.

Otra de las misiones consistió en seguir las actividades del Pentágono en el Reino Unido para prever cualquier ataque incluso nuclear contra los países socialistas. Le dije a Alec que no podía creer que la Gran Bretaña, con su territorio relativamente pequeño y su densa población, pudiera atreverse a una tal acción. Hubiera sido simplemente suicida. Alec me recordó que Inglaterra era uno de los miembros activos de la OTAN, y que como tal, podía muy bien ser arrastrada a una acción de autodestrucción por sus aliados más agresivos.

Por muchas razones, me alegró salir de los Estados Unidos. Nunca pude llegar a un acuerdo con el «american way of life». El contraste entre el mito americano y la realidad era demasiado claro. Un país de «vigorosos individualistas» que rechazan y temen el más ligero signo de no-conformismo, y cuyos móviles están dictados por las opiniones de sus vecinos; una sociedad próspera que tolera puntos negros como Harlem y el Bowery; una sociedad democrática que discrimina a los ciudadanos (en el Norte tanto como en el Sur) por motivos de raza; una nación temerosa de Dios, en la que apenas pasa un mes sin que estalle un escándalo que alcance a los estratos más altos de la sociedad.

La lista podía prolongarse sin dificultad.

Después de una cuidadosa consideración de las posibilidades, Alec y yo decidimos que sería mejor para mí entrar en el Reino Unido y establecerme allí con mi propio nombre, Gordon Arnold Lonsdale, y obtener un pasaporte canadiense bajo ese nombre a través de los canales normales. En lo que se refiere a mi experiencia personal, debo aclarar que la noción popular de que todos los movimientos de los oficiales del Servicio de Información Soviética son rigurosa e inflexiblemente controlados desde Moscú, es bastante errónea. Naturalmente, los cuarteles generales establecen las líneas de la política, localizan los recursos e indican los objetivos. Después, el C. G. deja a los agentes llevar

a cabo la misión con su experto y especializado conocimiento local, permitiéndoles un amplio margen de iniciativa.

De acuerdo con este plan, liquidé algunos asuntos que tenía pendientes en Estados Unidos y en noviembre de 1954 estaba preparado para empezar mi larga y complicada ruta hacia Inglaterra. Escogí Vancouver como mi ciudad natal. Nunca había estado allí, pero estaba lo más lejos posible de Inglaterra, y parecía que había menos oportunidad de encontrarme gente de Vancouver cuando alcanzara mi destino. No es necesario pasaporte para entrar en Canadá desde los Estados Unidos, y decidí llegar a Vancouver en barco desde Seattle. Después de preparar lo necesario con Alec —establecer buzones para nuestra correspondencia, celebrar una cita con él en mi camino a Inglaterra, etcétera— salí en un autobús Greyhound, que atraviesa los Estados Unidos a ritmo pausado. Hacia finales de noviembre llegué a Vancouver y alquilé una pequeña habitación en Burnaby Street por diez dólares a la semana. Este hecho llegó a conocimiento de las autoridades canadienses después de mi arresto. La Policía Montada averiguó que un barco polaco, procedente del Japón, había arribado a Vancouver el día de mi llegada, y establecieron la inevitable conclusión de que el barco me había desalojado a mí como parte de su carga. Un viaje a Inglaterra vía Japón hubiera sido, indudablemente, una ruta muy complicada.

Algunas anécdotas

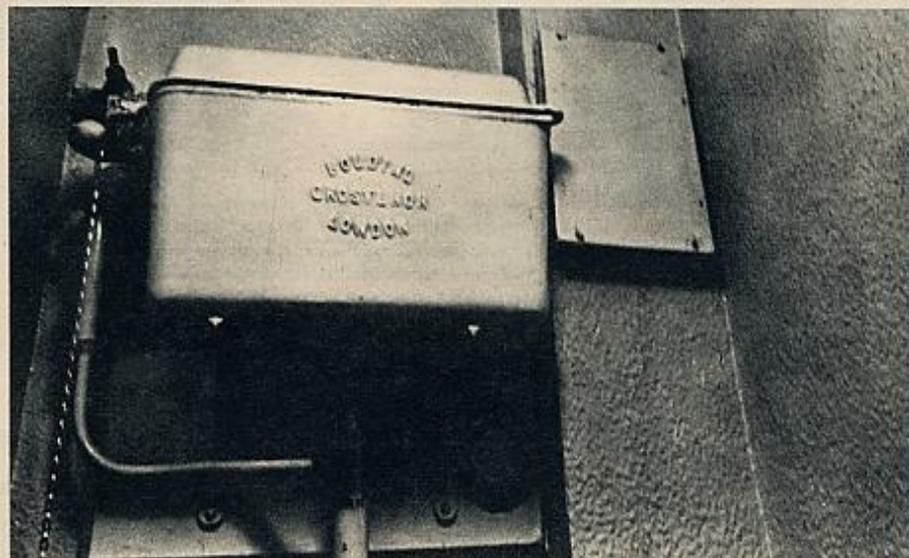
Estuve en Vancouver hasta fin de año. Después me trasladé a Toronto y alquilé una habitación por quince dólares a la semana en una calle lateral cerca de la intersección de Yonge y Boor Streets. En enero de 1955 empecé a tramitar mi pasaporte.

Cuando tuve en mis manos el precioso documento me sentí jubiloso. De hecho, había conseguido mi objetivo algunos meses antes de lo calculado. El período que me había concedido a mí mismo para obtener el pasaporte era de seis meses y por lo tanto había quedado en encontrarme con Alec en New York no más tarde de junio de 1955, ¡y aquí estaba yo, con el pasaporte en mis manos en el mes de enero! Sin embargo, decidí no apresurar mi partida de Canadá, sino ver un poco más de su paisaje y de sus gentes. Mis impresiones de ambos fueron excelentes. Y llegué a New York en marzo.

Pasé varios días en esta ciudad discutiendo diferentes problemas con Alec. Un trabajador metódico y preciso como él, que nunca exponía sus sentimientos, estaba, sin embargo, claramente complacido por mi rápido éxito en la obtención del

pasaporte. En lo que se refiere a mí, mis sentimientos eran directos y sin complicaciones: me encontraba sencillamente contento de que nuestro equipo hubiera alcanzado otro triunfo, con la perspectiva de los que hablan de venir cuando cruzase el Atlántico.

Pero todavía quedaba mucho por hacer. Alec me dio los nombres y direcciones de varias personas a las cuales tendría que ver en Europa Occidental, e hicimos las gestiones necesarias para asegurarnos el contacto. Discutimos, ya antes de mi partida para Vancouver, el problema de mi presencia en Inglaterra y de su justificación. Calculamos en aquel momento que mi misión llevaría un año o dos como máximo y decidimos que el mejor pretexto para permanecer en Inglaterra durante ese tiempo era el estudio. Consulté varios libros de referencias en la Biblioteca Central de New York, y después de cuidadosa reflexión escogí la Escuela de Estudios Africanos y Orientales de la Universidad de Londres. Pensé que además de gustarme personalmente, me sería útil para mi misión. Hacía mucho tiempo que deseaba estudiar la lengua y la historia china, pero, además, Alec estaba informado de que esta escuela estaba fuertemente subvencionada por el Ministerio de la Guerra, ya que los agentes secretos ingleses tanto militares como políticos eran enviados a esos cursos de lengua china y otros idiomas africanos y asiáticos. Yo escribí a la escuela desde Toronto, y recibí una respuesta favorable. Me informaron de que el año escolar empezaría el primer miércoles de octubre, y que debía visitar a las autoridades unos días antes de la fecha. Así, pues, el problema de mi presencia en Inglaterra estaba resuelto antes incluso de llegar a Londres. En Toronto también conseguí meterme en el «Royal Overseas League» (Real Asociación de Ultramar), cuyo presidente era la Reina Isabel. Esperaba que esta organización me ayudaría a establecer contactos muy útiles en el Reino Unido, y mis esperanzas a este respecto se justificaron plenamente. Por ejemplo, un antiguo dirigente de la Asociación me proporcionó una referencia que me hizo posible obtener un piso en White House, Regent's Park, donde pasé varios años. Una secretaria solía proveerme de tickets, complementarios, por supuesto, para el Royal Box, en el Albert Hall, una ganga que me hacía subir en la estimación de los más impresionables de mis amigos ingleses. También podía obtener tickets para Test Matches y otros espectáculos deportivos. Desgraciadamente solía estar demasiado ocupado para sacar todo el partido a esta situación, pero a veces me fueron muy útiles. En fecha posterior, después de mi confesión, fui informado por la Asociación de que había dejado de ser miembro. ¿Podré volver a ser admitido?...



Los agentes soviéticos tenían en Londres sus buzones particulares para la correspondencia en los lugares más inverosímiles. Este era uno de ellos: el depósito de agua en el WC del Clasic Cinema. La información se depositaba en él dentro de una bolsita de goma que se anudaba al borde del recipiente. Otros buzones eran las grietas que había en el ascensor de la casa de Lonsdale, los lavabos públicos en el Czarda restaurant, de Soho, y un quiosco telefónico junto al Támesis, cerca de la entrada posterior del lujoso Savoy Hotel.

Durante la crisis de Suez quise asistir a los debates parlamentarios de política internacional, especialmente en los que intervenía Mr. Anthony Eden (que así se llamaba entonces). La R. O. L. me ayudó amablemente en esto y trató con sir Jocelyn Lucas para que me invitara al banco de los visitantes distinguidos. Cuando entré en el Parlamento, me dieron un pase y me condujeron a mi sitio. Durante una intervención particularmente aburrida de un desconocido y oscuro parlamentario, mi vecino se dirigió a mí y me preguntó de dónde era yo. Contesté que era canadiense. Su pregunta siguió me dejó perplejo: «¿Federal o provincial?». Le pregunté qué significaba eso. «Me refiero a si es usted miembro del Parlamento provincial o del federal», explicó. Desgraciadamente tuve que admitir que no era ni de lo uno ni de lo otro. Al parecer yo estaba sentado en un banco reservado a los parlamentarios de los Dominios.

Un buen día los miembros de ultramar de la Asociación fueron invitados a visitar la Cámara de los Comunes, y me uní a un grupo de unos cincuenta miembros. La mayoría eran australianos y neozelandeses, los otros de varios Dominios y colonias; resultó que el único canadiense era yo. El que iba conduciendo nuestro grupo —su nombre se me escapa en este momento— me echó la vista encima y me dijo:

—Mr. Lonsdale, me gustaría presentarle al Honorable Beverly Baxter. Es también canadiense, pero ahora vive en Inglaterra y es un distinguido miembro del Parlamento. Quién sabe, quizá se establezca usted aquí, y se meta en política también.

No vi razón para desalentar a este bienintencionado caballero y fui con él a encontrarme con Baxter. Debo admitir, para mi vergüenza, que nunca lo había oído nombrar antes. Fuimos a una terraza sobre el Támesis, donde nos sirvieron té y fresas con nata. Mr. Baxter me preguntó amablemente sobre mi vida en Canadá y mis planes para el futuro y nos entretuvo con historias de su vida en Canadá.

Embarqué en New York en el «SS América», compartiendo una cabina con un «muchacho canadiense».

El buzón secreto

En el viaje hasta Southampton, tuve los ojos y los oídos bien abiertos para pescar todo fragmento de información que pudiera serme útil en Londres.

Por ejemplo, obtuve información de uno de los pasajeros, Hans Koch, un agente alemán de viajes que trabajaba para una agencia neoyorquina, quien me condujo a mi primera «girl friend» inglesa. (N. del T.: *Girl friend* es algo así como acompañante, novia, de turno.)

Este me dijo que en un «tour» por Europa el verano anterior había conocido a miss Gillian Horn, una secretaria en la oficina de un empleado del magistrado de Luton y me pidió que le entregara un anillo cuando llegara. Apunté su nombre en mi libro de direcciones, junto con los de varias otras personas de los que pensaba que me podrían ser útiles.

A los pocos días de mi llegada telefoné a Gillian y le expliqué que me había encontrado con un amigo suyo. La invité a venir al teatro conmigo la próxima vez que fuera a Londres. A mediados de marzo de 1955 estaba en Londres, después de haber tenido una escaramuza con los aduaneros en Southampton. Un oficial de aduanas me preguntó que cuánto tiempo pensaba estar en Inglaterra. Cuando le expliqué que pensaba permanecer estudiando un año o dos, dijo que en ese caso yo no era un visitante, sino un residente, y debería, en consecuencia pagar por mi cámara fotográfica. Después de examinar la cámara y un libro de referencia, estableció la tarifa que me correspondía pagar y que a mí me pareció francamente exorbitante: 84 libras. Yo dije que estaba dispuesto a pagar la suma sólo en el caso de que se me devolviera el dinero al abandonar el país. Odio despilfarrarlo. Cuando el oficial me dijo que no me podía garantizar la vuelta del dinero, le pedí que se quedara con ella hasta que yo pasara de nuevo por Southampton, en lo cual estuvo de acuerdo. Poco después de mi llegada a Londres, recibí (a través



Lonsdale era muy amigo de los oficiales de la base aérea norteamericana de Lakenheath. Aquí se lo ve (de pie) durante una fiesta celebrada en la Navidad de 1956. En aquellas reuniones se hablaba demasiado.



Para cubrir sus actividades secretas y los fondos económicos de que disponía, Lonsdale tuvo que dedicarse a diversos negocios. Con tres socios más, se dedicó a patentes de invenciones. El invento de una cerradura eléctrica valió a la Master Switch Co. Ltd. una medalla de oro en la Exposición Internacional de Bruselas, celebrada en 1960. Sobre la cabeza del agente penden dos banderas británicas entrelazadas y él sonríe...

de un cauce del cual me había informado ya Alec) instrucciones acerca de mis principales objetivos en Gran Bretaña.

Me informaron que mi principal tarea era estar atento a las actividades militares en Inglaterra, especialmente aquellas que podían llevar a un ataque nuclear por sorpresa contra los países del Este desde territorio británico.

Y, finalmente, tenía que vigilar de cerca las actividades de la OTAN, tanto militares como políticas, dirigidas contra nosotros y contra las naciones no comprometidas. Pronto estuve haciendo visitas diarias a una cabina telefónica situada en el embarcadero del Támesis, cerca de la entrada posterior del hotel Savoy. Se suponía que era para usar el teléfono, pero en realidad lo que hacía era tocar debajo del estante de madera que sujetaba las guías, para ver si alguien había dejado para mí en aquel sitio una chincheta clavada, como señal. Por fin, en una de mis visitas diarias, encontré la chincheta en su lugar. Esto quería decir que tenía que visitar cierto buzón secreto para nuestra correspondencia, que me había sido descrito antes de salir de Estados Unidos.

Visité el «buzón», un pequeño agujero en un tramo de escaleras que miles de personas usaban en Londres todos los días de la semana, y saqué con rapidez un pequeño paquete. Era del tamaño de un estuche de sortija. Lo metí en el bolsillo de

mi gabardina y fui andando a través de unas cuantas calles, mirando a los escaparates, para asegurarme de que no me había visto nadie, antes de coger un autobús que me llevó de nuevo a mi habitación en la R. O. L. (Royal Overseas League, Asociación Real de Ultramar 100).

Cerré con llave la puerta y pasé el cerrojo cuidadosamente. Después deshice el paquete y leí las instrucciones, escritas en papel fino, que había sido doblado para formar un pequeño cubo. Se me decía, entre otras cosas, que fuese a París aquel fin de semana para encontrarme con un tal «Jean».

No me dijeron, naturalmente, quién era «Jean», sino que él podría contestarme a todas las dudas que pudiera tener todavía, y me informaría acerca de los medios para establecer contacto con mi futuro ayudante en Gran Bretaña, «Wilson». Estaba claro que «Jean» era un dirigente importante en el servicio, pero nunca supe su situación exacta. Sabe Dios por qué no podía venir a Londres. Dos o tres días antes de mi partida me puse enfermo de gripe. Aunque apenas podía andar, no tenía más remedio que realizar el viaje. Pedí al R. O. L. que me recomendará un buen médico, y me dieron las señas de uno del West End.

La cita se hizo por teléfono, y tuve el privilegio de entrar por la puerta principal, pues la sala de espera estaba llena de pacientes del Servicio de Sanidad Nacional. Me introdujeron **SIGUE**

en el «living-room» y poco después apareció el médico. Su aspecto era bastante impresionante: pantalones a rayas, sombrero, clavel rojo: el completo. Pero la práctica era un poco menos que perfecta. Sin lavarse las manos, me puso una inyección de penicilina y dijo: «Una guinea». Yo no tenía ni idea de lo que era una guinea y me explicó que eran veintinueve chelines. Le di una libra y cinco chelines, que cogió sin darme la vuelta. En París me alojé en un pequeño hotel cerca de la Ópera.

Con «Jean»

A la mañana siguiente de mi llegada, fui al Louvre. El dedo medio de mi mano izquierda estaba vendado. Exactamente a mediodía, me encontraba ante el «Juan el Bautista», de Leonardo da Vinci. Yo hubiera preferido la «Venus de Milo», pero órdenes son órdenes... Mientras estaba mirando la pintura me hurgaba en el oído izquierdo con el dedo vendado. Sabía que «Jean» tenía que estar muy cerca de mí, pero no hice ningún intento por localizarlo. Unos minutos más tarde dejé el museo y fui paseando a lo largo de la rue St. Honoré hacia los Campos Elíseos. Un «Mercedes» negro dobló la curva que estaba delante de mí, y el conductor abrió la puerta. Salté dentro y el coche se dirigió rápidamente hacia los alrededores de París.

El conductor era un hombre menudo, de alrededor de cincuenta años. Había algo en él que producía calma y confianza y lo contagiaba a los demás. Cuando llegamos a un agradable café en el campo, sabía todos los detalles de mis actividades en Gran Bretaña hasta la fecha. Me dio respuesta detallada a todas mis preguntas y también algunos consejos muy útiles.

Pude observar que «Jean» conocía Inglaterra como un británico y tenía una idea muy completa de cómo el llamado «sistema establecido» gobernaba el país. Me confirmó instrucciones que yo ya había recibido del Cuartel General y añadió algunos detalles, incluida la información sobre varias personas y sobre nuestros métodos de comunicación en el futuro. Gracias a mi buena memoria, no tuve que tomar ninguna nota: para concluir, «Jean» me expresó su confianza en que yo cumpliera mi misión, y añadió: «Hagas lo que hagas, debes recordar siempre que los británicos son gente estupenda y que tú debes de cooperar para evitar la aniquilación nuclear».

La víspera de mi regreso a Londres, en un café cerca de mi hotel, entablé conversación con dos personas que iban a jugar una parte importante en mi vida. Para ellos, este encuentro ocasional demostró ser verdaderamente fatal. Era una pareja encantadora, cuyo amplio conocimiento de los libros y de la literatura en general (temas muy queridos también para mí) me atrajo hacia ellos. Peter y Helen Kroger eran neozelandeses y me invitaron a visitar su casa cuando se hubieran establecido en Inglaterra. Esto sería dentro de algunas semanas, me dijeron, pues todavía tenían que hacer un viaje de negocios a Japón, donde Peter tenía que comprar y vender algunos libros antiguos. Tan pronto como volví de París, visité la Escuela de Estudios Orientales y Africanos, y vi que ya estaba oficialmente confirmado que podía empezar a estudiar en octubre. Después de trasladarme a mi nuevo piso en White House, en Regent Park, decidí emplear el tiempo que faltaba para empezar el curso en darme una vuelta por Europa Occidental. Lo hice en un «tour» organizado, con guía, y escogí uno anunciado como «El gran tour de Europa —10 países en 28 días». Viajando en autobús con un grupo muy numeroso, pasamos todas las fronteras sin ninguna dificultad, resolviendo el guía todos los papeleos necesarios en los puestos de control y arreglando todas las formalidades. Este viaje, en un ambiente de despreocupación, con sus constantes cambios de paisaje y de impresiones, fue sin duda, bueno para mí, ya que realmente necesitaba

un descanso después de mi trabajo en los Estados Unidos. Sin embargo, no olvidé nunca el propósito real de mi larga estancia en el mundo occidental y por ello procuré no perder ni una oportunidad de conocer gente que pudiera resultar interesante, según nuestro punto de vista.

Mi amigo el mayor Straw

Uno de mis nuevos contactos fue un oficial americano, el mayor Raymond Straw, estacionado en la base del Mando Estratégico del Aire (S. A. C.), en Lakenheath (Suffolk). Mientras estuve en Inglaterra les visité bastante a menudo, a él y a su mujer. En su casa, y en el club de oficiales, conocí militares de los Ejércitos del Aire y de Tierra. Tan pronto como se dieron cuenta de que no era un cargador de muelles, empezaron a hablar con bastante libertad delante de mí, sobre sus obligaciones, su actitud hacia los ingleses y, especialmente, sobre las chicas inglesas. Si se tiene en cuenta que en Inglaterra sólo van con los americanos prostitutas o casi prostitutas, se puede uno imaginar la opinión que hay formada acerca de ellos. A veces era realmente difícil pensarlo sin sentir náuseas. Me quedé asombrado al enterarme de que algunos de esos americanos pasan dos o tres años en Inglaterra sin haber visitado a una familia inglesa. De hecho, su actitud hacia los ingleses era la misma que la de éstos hacia la gente de más allá del canal: «La jungla empieza en Calais».

Eran una pareja de lo más hospitalaria que se pueda uno imaginar. Vivían en una casa prefabricada del tiempo de la guerra, detrás de la base aérea, y parecía que nunca acababan de recibir visitantes en su casa.

A mí, el pobre y solitario estudiante canadiense, me hicieron una acogida especial; así me lo dijo Mrs. Straw la primera vez que fui a verla a ella y a su familia: «Siempre encontrará hospitalidad aquí, Gordon, así que venga siempre que quiera».

Pasé un fin de semana muy agradable con ellos en esta primera visita. Creo que me comporté como un huésped normal. Desde luego, no me abalancé a registrar su escritorio tan pronto como me dejaron solo, pero los Straw me dieron la impresión de que cultivar su amistad iba a ser bastante fructífera. Después del café de la primera noche, el mayor me tomó por el brazo y me llevó, a través de las puertas del campo, al comedor de los oficiales para tomar unas copas con algunos compañeros suyos. No tuvo que enseñar su pase y a mí, realmente, no me lo pidieron. La Policía militar de las puertas lo conocían, así que, naturalmente, pensaron que no había necesidad de pararme.

Debo decir que los americanos tienen un gran sentido de la hospitalidad. El mayor Straw me presentó a sus compañeros y, al final de la tarde, me sentía como si las Fuerzas Aéreas me hubieran alistado a mí también.

Al día siguiente fui con el mayor y su esposa al PX, el economato militar americano, y me encontré con que podía hacer mis compras como cualquier oficial. Compré unos paquetes de puros «Prince Edwards» y unos cartones de «Lucky Strike» realmente baratísimos. No he fumado en mi vida, pero las compras que hice podían serme de utilidad para regalos en mi creciente círculo de amigos.

El espía Zwei

Repartí algunos cuando fui a la clase de chino el siguiente lunes por la mañana y esto impresionó a los ingleses, porque creyeron que conocía a alguien influyente en la Embajada americana. A finales de 1956 pasaba frecuentemente los fines de semana con los Straw y conocía a todo el mundo en el pabellón de oficiales por su nombre de pila. A mí también me conocía todo el mundo. «¡Hi, Gordon!», decían a coro cuando me veían. Y mi coche nunca llegaba a la entrada de los Straw sin que sus hijos se pusieran a correr alrededor gritando: «¡Hello, tío Gordon!».

Pasé la Navidad con ellos, en 1956, y fue verdaderamente agradable. Yo les compré regalos a todos

y ellos me obsequiaron a mí a la manera típica de los americanos. La carencia de vigilancia en Lakenheath era asombrosa. La mayoría de la gente es descuidada, pero los americanos todavía más. Su charla despreocupada y su falta de reserva no me atraen nada. Pero es un «mal viento»... Durante mis visitas me enteré de gran cantidad de cosas interesantes, aunque no diré alarmantes, sobre los planes del Pentágono, y muchas otras valiosas informaciones militares y políticas.

Durante una de las frecuentes visitas a Lakenheath, en 1956, me enteré de lo que podía haber sido un desastre horroroso, del cual no llegó noticia al público inglés. Unos días antes de mi llegada, un bombardero se había estrellado sobre el techo del depósito de la bomba «A». Había el temor fundado de que estallara todo el depósito, con la consiguiente pérdida de vidas. Fue declarado el estado de alarma en toda la base, que duró más de dos horas, mientras el avión ardía. De acuerdo con el reglamento, todo el personal de Lakenheath, incluidos los miembros de sus familias, tuvieron que estar echados en el suelo cubiertos con sábanas, periódicos u otros materiales blancos a mano. Por supuesto, la alarma no se extendió a los ciudadanos británicos que vivían en la zona de peligro, bajo el pretexto de que habría cundido el pánico. El público inglés debería reflexionar sobre la existencia de bases estratégicas en su suelo, que no sólo pone a la isla en trance de destrucción segura, en caso de guerra, sino que también lleva consigo el peligro de destrucción accidental por sucesos como el que he descrito.

Tal como ya dije, el año escolar empezó en octubre, y no sólo me puse a estudiar la materia del curso, sino también a mis condiscípulos.

Por medios que no puedo divulgar, me las arreglé para enrolarme en la clase dedicada a los oficiales de la British Intelligence, procedentes de los Ministerios y del Foreign Office. No tardé mucho en conocer bastante bien a algunos de ellos, y no tuve dificultad en determinar sus rangos, rama de servicio, direcciones particulares y otros datos de interés. Tales informaciones normalmente solían salir de ellos mismos después de varias rondas de bebidas en unos cuantos «pubs» (Pub es la abreviatura de Public House, taberna. N. del T.), en sus clubs o en la ROL (que vino de nuevo a serme de gran utilidad para mis propósitos).

Uno de mis compañeros, el teniente de aviación Harper, había sido agregado del Aire en Moscú, en los primeros años de los cincuenta, y no puedo realmente desear al Gobierno inglés que haya muchos oficiales así en su servicio secreto. Su información acerca de Moscú y la Unión Soviética estaba enriquecida por una fértil imaginación, que era muy sugestiva para el disfrute de su amigos, pero que era difícil fuese de alguna utilidad para el Ministerio del Aire. También pretendía conocer el ruso a la perfección y presumía de haber enseñado la lengua, a su vuelta de Moscú, en la Escuela de Información de la RAF. Mi único comentario es que su lectura favorita era «Lecturas fáciles», una serie de folletos para el aprendizaje de la lengua rusa.

En este medio, mi cámara fotográfica demostró ser útil, y pronto pude fotografiar a todos mis compañeros en ciertas fiestas alegres que daba un diplomático canadiense, Thomas Pope, que también era estudiante de la escuela.

Era —y espero que todavía lo siga siendo— un excelente anfitrión, y en estos lugares corrían libremente las bebidas compradas sin recargo, que soltaban las lenguas hasta extremos inconcebibles. La mayoría de los estudiantes solían asistir a esos «parties», entre ellos, un «diplomático» israelí llamado Zwei Kedar, cuya bebida favorita era el vodka, al que me aficionó él por primera vez (eso es lo que creía). Zwei había nacido en Palestina y me decía a menudo que podía pasar fácilmente por un árabe. Cuando estaba destinado en Egipto en una misión «a cubierto» pretendía ser un árabe de Siria a causa de su acento palestino. En Siria se hacía pasar por egipcio. Después de unos buenos vasos de vodka se sentía muy dispuesto a sacar a relucir sus éxitos del pasado. Una vez le pregunté inocentemente cómo hacía para enviar su información a Israel y también cómo conseguía meterse en los diversos países árabes. Con una mueca torcida, Zwei explicó que su **SIGUE**

LA VERDAD

sobre las galletas "maria"



Se venden en España más de 400 clases de galletas redondas llamadas "Marías", de distintas calidades y precios.

Tanta variedad no debiera tener un nombre común, que sólo produce dudas y confusiones.

Por esta razón, Artiach orienta al consumidor distinguiendo a su "María", la de verdad, con el título de

DUQUESA MARIA

¡la galleta inconfundible!

inconfundible por su nombre, registrado y garantizado por la Primera Marca Nacional.

inconfundible por su auténtica fórmula, igual día a día durante más de 60 años.

inconfundible por su delicado tueste y delicioso sabor.

inconfundible por la absoluta higiene de su producción y por la garantía de su control sanitario.

inconfundible por su perfecta elaboración en el complejo industrial ARTIACH, la más moderna instalación galletera automática de España.



ARTIACH

PRIMERA MARCA NACIONAL

servicio tenía excelentes contactos con los ingleses y franceses y siempre que lo necesitaban obtenían ayuda de ellos. La acción conjunta de Israel, Francia e Inglaterra durante la crisis de Suez, en octubre de 1956, confirmó convincentemente esta aclaración. También conocí allí, y por supuesto fotografié, a un funcionario civil llamado Elton. No era difícil darse cuenta de que era miembro del Servicio de Seguridad, más conocido por MI-5 hasta hace poco, cuando su nombre fue cambiado a MID. Envié esta fotografía a mis amigos. Cuando, en fecha posterior, tuve el placer de recibir sus visitas en la prisión, me dijo que todavía no había acabado de explicar a sus superiores cómo habían encontrado su fotografía en mi piso.

En clase teníamos un americano llamado Bredt, que había decidido estudiar chino en Londres porque era mucho más barato que los cursos similares en Estados Unidos, y también porque le daba la oportunidad de conocer Europa. Al cabo de unos meses se le ocurrió que todos los compañeros de clase eran de los Servicios de Información. Como era americano, no era demasiado popular entre los otros estudiantes, así que a menudo se sentaba a mi lado. Un día, cuando la luz se apagó, me dio un codazo y me susurró: «¡Oye, Gordon, menos tú y yo, aquí todos son espías!». (Naturalmente estaba equivocado en cuanto a uno de nosotros.)

Misiones a realizar

Siendo interesante alternar con agentes secretos ingleses, no era, sin embargo, la razón de mi venida al Reino Unido. La información derivada de nuestros compañeros y la que yo obtenía sobre ellos era un producto lateral de mi trabajo real, y no era de vital importancia. La mayoría de mi tiempo lo empleaba en estudiar varias armas microbiológicas que se desarrollaban en Porton.

Había llegado a nuestros oídos que un número de científicos ex nazis habían conseguido entrar en el centro de Porton, y estaban comprometidos en un trabajo importante y peligroso. Sabíamos algunos de sus nombres, y todos ellos, tal como habíamos descubierto después de investigaciones exhaustivas, estaban trabajando en un proyecto relacionado con la lucha bacteriológica, que era potencialmente tan peligrosa como la bomba de hidrógeno.

De vez en cuando, había llegado información a nuestro Cuartel General relativa a la actividad en este centro, pero mi trabajo tenía que basarse en obtenerla mejor y más completa. Nuestro CG recibía información de Alemania Occidental que demostraba innegablemente que esos científicos alemanes estaban en contacto con sus compatriotas en Alemania Occidental. Mientras trabajaban para el Gobierno inglés, tenían también sus propios objetivos que guardaban en secreto, pero no había duda de que eran de una naturaleza provocativa y secreta. Había razones para creer que pensaban hacer uso de algunos de los gérmenes descubiertos en Porton. Yo tenía instrucciones de neutralizarlos, sin publicidad si era posible, pero también permiso para comprometerlos públicamente. Personalmente, me di cuenta, desde el principio, de que la geografía de Gran Bretaña excluye el uso de la guerra bacteriológica como un arma ofensiva. Pero siempre nuestras opiniones tienen que chocar contra la dura realidad.

Era importante descubrir qué es o qué estaba pasando allí, especialmente en el campo del intercambio anglo-americano, y también lo era obtener muestras del material producido.

Tenía un informe completo de muchas personas de las que trabajaban en Porton. Gran parte de la información se refería a sus vidas privadas en el pasado, en algunos casos incluso desde 1930. Si era necesario, pensaba usarla como medio de chantaje para que dejaran voluntariamente su trabajo. Uno de esos científicos, según mi informe, había conseguido un record repulsivo como médico en

un campo de concentración en Alemania durante la guerra.

Este era una de las tareas que me habían encargado de llevar adelante, no la única. Por ejemplo, estaba en condiciones de establecer el firme aumento anual en las asignaciones destinadas al Servicio Secreto británico y de formarme una estimación más que exacta sobre las principales direcciones en que se habían empleado esos aumentos. Ayudé a establecer el calibre de desenvolvimiento de la industria británica en el campo de la energía nuclear, tanto de guerra como de paz. También podía indicar las áreas de más fricción entre los británicos y los americanos en este campo.

Se me sugirió que un tal Harry Houghton, empleado entonces en Portland, en la «Portland Underwater Detection Establishment», podría tener contactos muy útiles en Porton y en más sitios. Houghton fue antiguamente un empleado en la oficina del agregado naval británico en Varsovia.

Era necesario aproximarse a Houghton con la mayor circunspección. Le telefoneé y le di recuerdos de un diplomático americano antiguo conocido suyo en Varsovia. Le dije que yo era ayudante del agregado naval americano en Londres, y que había venido a Portland en viaje de negocios. Houghton me invitó a unas copas. Entonces vivía en una «caravana», en un lugar cercano a Weymouth. Una vez con él, me di cuenta en seguida de que Houghton andaba mal de dinero y de que su vida no era muy dulce.

Adiviné que estaba intrigado por mi visita. Después de unos vasos, solté mi historia. Le dije que había visitado su centro para hacer una comprobación. Los americanos, dije, tenían buenas razones para creer que sus aliados británicos no estaban cumpliendo lo prometido sobre el intercambio de ciertas informaciones y materias referentes al tipo de trabajo que se hacía en Portland. Mi visita había confirmado las sospechas americanas a este respecto, y estábamos dispuestos a pagar grandes sumas para obtener la información precisa.

Houghton, ante mi sorpresa, contestó rápidamente que me ayudaría lo que pudiera.

Debo explicar que en el momento en que me metí en el asunto, habíamos bebido ya bastante «a la salud de nuestro común amigo» —el diplomático americano en Varsovia— (Nunca me había encontrado personalmente con el individuo en cuestión, pero eso no tiene importancia.) En su calidad de ex oficial subalterno, Houghton estaba lógicamente halagado de estar bebiendo con el comandante Alec Johnson, como escogí llamarle. Se veía que era tan vano como voluble. Como resultado de ello, mi proposición le llegó en el momento en que su situación no era muy envidiable. Esto, combinado con la posibilidad de lucrarse, lo predispuso a la aceptación de mis propuestas.

Puedo decir aquí que el centro de Portland en sí no era de gran interés para mí. Es obvio que la economía británica está enormemente forzada y no puede competir con los otros dos «grandes», Estados Unidos y la Unión Soviética. Ocasionalmente, los expertos ingleses pueden ser capaces de realizar un avance científico o técnico menor, pero el país no puede, en ninguna circunstancia concebible, soportar el esfuerzo de un sistema de defensa realmente moderno. El equipo militar producido por ellos mismos es necesariamente anticuado antes de alcanzar los servicios a que está destinado. De hecho, parte de él está incluso pasado de moda antes de entrar en el período de pruebas, el «Blue Streak», por ejemplo. En todos los campos, misiles, aviación, submarinos y el resto, hay muestras abundantes de que Gran Bretaña no puede seguir compitiendo con los «Jonases» (Jonathan es el tipo representativo del yanqui en Inglaterra. N. del T.).

Miss Bunty Gee

Sin embargo, mi tarea inmediata era envolver a Houghton, pues tenía planes respecto a él en relación con otros objetivos, incluido Porton.

Por lo tanto, simulé gran interés en lo que él tenía que decirme. En esta primera visita, me proporcionó una gran cantidad de cotilleo e, incluso, unos cuantos planos que, por alguna razón desconocida, tenía hechos sobre su casa. (Nunca quiso ni intentó que se los devolviera.) Le dije que

su información podría ser del mayor interés para la Marina americana y que sería ampliamente recompensado por su futura ayuda. Como muestra, le hice un pequeño regalo, un mechero «Dunhill» de oro macizo.

Hay dos cosas sobre el mechero «Dunhill» que son dignas de recordar. Cuando lo estaba comprando en la rama principal de Jeremy Street, en Dunhill, atrajo mi atención una voz de timbre muy agudo que discutía con uno de los directores más viejos. Vi que procedía de un joven de mandíbula huidiza al que reconocí como el duque de Kent. Quería una insignia de oro para el capot de su coche de sport, y el encargado le objetaba el peligro de robo que había en ello. Después de una o dos risitas, el duque encontró una respuesta: «A mí eso no me importa. Es la Policía quien tiene que preocuparse de eso».

La segunda historia concierne a la Policía. Cuando fue arrestado Houghton se le confiscó su mechero y fue apuntado como de «bronce». Así que, cuando salga, le darán uno de bronce, cuyo valor es de una décima parte o menos que el de oro. Esto es una práctica usual en las comisarias de la Policía británica. El prisionero puede, por supuesto, rehusar firmar la lista de objetos, pero sabe que habrá pocas oportunidades de hacerle justicia.

Para poner a prueba la voluntad de cooperar de Houghton, y de arriesgarse hasta cierto punto, le pedí que me proporcionara ciertos documentos. Yo ya sabía que todo lo que pudiera darme, y mucho más, podría obtenerlo en otra parte. Naturalmente no le dije nada de esto, ni entonces, ni más tarde. Quedamos en vernos en Londres el mes siguiente, y nos separamos.

Tengo que confesar que sentí una especie de incomodidad en el curso de mi conversación con Houghton. Era el clásico tipo que cambiaría de chaqueta a la primera oportunidad, como en efecto lo fue. Sin embargo, era un lazo esencial para el cumplimiento de mi misión en Portland, es decir, hacer inofensivos a ciertos peligrosos criminales de guerra nazis que trabajaban allí. Su actividad era un grave peligro para el mundo entero y especialmente para Inglaterra. Conque sólo Houghton permaneciera en el asunto dos años, la cosa valía la pena. Después de haber hecho mi cálculo, dejé de preocuparme. Normalmente el Servicio Secreto es un trabajo que entraña riesgos.

Como todos los oficiales del Servicio Secreto, había sido siempre entrenado y enseñado para que tomara todas las precauciones previsibles. Habiendo hecho esto, volví al optimismo natural en el que había nacido. Ahora que todo acabó ya, debo admitir que fue un error usar los servicios de Houghton.

Algún tiempo después, Houghton sugirió que podría obtener para mí ciertos documentos a través de su «girl-friend», miss Bunty Gee. Tenía acceso al material sobre planes de la OTAN, maniobras navales británicas con los aliados y otras actividades que podrían ser útiles. Aunque el material referido exclusivamente a Inglaterra era de poco interés para mí, acepté esta nueva oferta. En este caso el material de Bunty Gee fue de un valor considerable al permitirnos apreciar y calibrar el grado de confianza que sentía la Marina de los Estados Unidos en sus aliados, tanto como observar la gran contribución hecha por los expertos canadienses al centro de Portland.

Gee me dio la impresión de ser una mujer encantadora. Nunca dudó que yo fuese un oficial de la Marina de los Estados Unidos. Si bien no era atractiva en el sentido corriente de la palabra, tenía una personalidad que la elevaba por encima de lo corriente. Desde luego era mejor persona que Houghton, y tengo la fuerte impresión de que hubiera aguantado firmemente el interrogatorio si Houghton no hubiera fallado el primero. Le traté bastante poco; ella procuraba dejar el contacto personal a Houghton, y se mantenía en un segundo plano. A propósito de esto, no tengo ni idea de por qué vino ella a la cita en la cual fuimos finalmente arrestados. Desde luego, no había instrucciones en este sentido.

Gee nunca mencionó la posibilidad de una conexión soviética conmigo. Por lo menos en apariencia, lo que ella creía hacer era simplemente dar a Houghton material por el cual él recibía una amplia recompensa económica. En nuestro primer

encuentro, me chocó su acento, por el cual pensé que debía de ser de New England. Sólo más tarde me enteré que era de Dorsetshire, y de que su acento era simplemente de la parte Oeste del país. A mí me parece que realmente creía que estaba trabajando para los Estados Unidos y que su trabajo era de gran utilidad para la alianza occidental. En todo caso, su sentencia fue indebidamente severa, más de lo corriente.

Durante mi asociación con Houghton, dice lo que pude para convencerlo de que era peligroso que bebiera demasiado. También traté de convencerle de que se casara con miss Gee y dejara de andar a la caza de todos los «trozo de bizcocho» (su expresión) que se cruzaban por su camino. Al parecer estaba siguiendo mi consejo; pero en el juicio salieron a la luz varios detalles desagradables de su vida privada y tuve que admitirme a mí mismo que todos mis esfuerzos habían sido absolutamente en vano. Por otro lado, debo mencionar que tengo experiencia previa de trabajo con otras personas del tipo de Houghton, y por regla general, iban a mejor. Una vez que comprendían a qué fines estaban sirviendo, se hacía posible influir en ellos.

Compañeros charlatanes

Yo ya había persuadido a Houghton de que usara una cámara, una «Exacta». Hacía las cosas mucho más fáciles para él y para mí. En lugar de robar realmente planos y mensajes, sólo tenía que sustraerlos, fotografiarlos en su casa, y reemplazarlos. Todavía me llamaba Alec y yo no le había dicho nada sobre mi verdadero nombre y mis propósitos. Para él yo era todavía el comandante Alec Johnson de la Marina de los Estados Unidos.

La mayoría de las fotografías que hizo eran malas. Estaban desenfocadas, borrosas, y a menudo no había nada en absoluto en la película. Me dijo una vez que sería mucho más fácil todo si tuviera un coche más nuevo, más presentable, que pudiera usar para su trabajo y para recoger a Bunty cuando los dos estuvieran libres.

También dijo que una bolsa colocada en el techo de un coche tenía un aspecto más normal que llevada en la mano; que estaba pensando en comprar un «Dauphine». ¿Le daría yo las 750 libras necesarias para pagarlo? Consideré que una compra tal levantaría sospechas. Escuché cuidadosamente sus argumentos y al final decidí consentir con una condición: le dije que le daría el dinero en tanto que pagara sólo el depósito inicial y el resto a lo largo de dos años.

Estuvo de acuerdo y la siguiente vez que nos encontramos le entregué 150 billetes de cinco libras enrolladas en una hoja de papel de periódico metido en un bolso de mano.

Mientras tanto, la vida en la Escuela transcurría con arreglo a mis planes. En conjunto, mis compañeros demostraban estar bastante enterados del desenvolvimiento de sus servicios respectivos y los discutían conmigo bastante libremente. Hasta donde pude juzgar, la mayoría de ellos tenían estos tres intereses: vino, mujeres y compras, pero no necesariamente en este orden. Una vez a la semana, teníamos un seminario sobre sucesos políticos de actualidad, en China y Sudeste asiático, usualmente dado por un conferenciante de fuera de la escuela —alguien del Foreign Office, o de la Embajada norteamericana—. A veces, el seminario lo llevaba algún experto no oficial en la materia en discusión. Una semana, el experto era un hombre llamado Ford, que había pasado varios años en una prisión china y decía que le habían lavado el cerebro. Había sido encontrado por los chinos en algún lugar del Tíbet, y estaba convicto de espionaje. En el curso de una lectura bastante interesante sobre su vida en el Tíbet y sobre la vida pasada en la prisión china, dijo que él era un ex sargento del Cuerpo de Señales, y que estaba destinado como experto en radio-comunicaciones en el Tíbet y no tenía conexión ninguna con el espionaje. Después de la lectura, le preguntamos una serie de cosas. Yo le pregunté que dónde estaba trabajando ahora. Aparentemente, Mr. Ford olvidó que era un simple ex sargento del Cuerpo de Señales y saltó: «En el Foreign Office, por supues-

to». Me pareció singular que técnicos del Foreign Office trabajaran normalmente con el Dalai Lama. Después de cada seminario, la mayoría nos íbamos a una taberna cercana y pasábamos allí una hora o dos. Era natural que nuestras discusiones se llevaran a cabo con vino, y entonces era el momento de atender cuidadosamente a lo que se decía. Un día la conversación giró hacia uno de mis tópicos favoritos, Porton, y me sorprendí al saber que algunos de mis compañeros habían sido entrenados en ciertos aspectos de la guerra microbiológica, especialmente en lo concerniente a su conexión práctica con los servicios de un oficial de regimiento.

Esto, naturalmente, me hizo cambiar mi opinión de que no había nada realmente útil que pudiera aprender sobre Porton de mis compañeros y empecé a actuar de acuerdo con ello.

El agente "Hirt"

Otra misión que procuré explotar con bastante entusiasmo fue la vieja caza detrás de los restos de la Alemania nazi. Lo mismo que en los Estados Unidos, bastantes criminales de guerra habían encontrado un refugio en Gran Bretaña. Por alguna razón, el Gobierno inglés rehusó su extradición a pesar de las pruebas irrefutables de su culpabilidad. Con este fin, cultivé lo más posible a ingleses que estaban en contacto con otros que, antes de la guerra, habían pertenecido a la Hermandad anglo-alemana, que hizo tanto para precipitar la guerra, persuadiendo a Hitler de que Gran Bretaña no lucharía nunca.

Era evidente que tales personas estaban todavía dispuestas a cooperar con los alemanes y los alemanes occidentales estaban haciendo amplio uso de este hecho. Para comprobar esto procuré acercarme a un ex miembro de la Hermandad, que entonces era un alto y bien considerado funcionario civil británico. Fue un gran «shock» para mí enterarme de que estaba ya en contacto con la red de Servicio Secreto que llevaba a cabo el ex nazi Von Ghelen.

En 1956, si no me falla la memoria, recibí información digna de confianza sobre la llegada de varios agentes de Alemania Occidental. Yo tenía particular interés en un miembro de la red de Ghelen (BND, Bundes Nachrichten Dienst, Servicio Secreto Federal) llamado Heinrich. Creo que su nombre de código era «Hirt» («pastor» en alemán) y claramente venía a Inglaterra a estudiar en una escuela militar bajo los auspicios de la OTAN.

Dos o tres días después de enterarme de esto le dije a mi ayudante «Wilson» que obtuviera la máxima información posible acerca de los mencionados alemanes, incluido «Hirt». «Wilson» tenía grandes posibilidades y, además, un talento poco corriente para obtener información útil. A veces parecía que realmente no le costaba ningún esfuerzo este tipo de cosas. Mi trabajo se hizo mucho más difícil cuando tuvo que ser retirado del servicio como resultado de una herida que recibió en un accidente de automóvil a finales de 1957.

Una noche oí la voz de «Wilson» en el teléfono. Me preguntó sobre un paquete de Aberdeen. Le contesté que todavía no lo había recibido. Media hora más tarde estaba en Selfridge y localicé a «Wilson» entre la gente.

Pasó a mi lado por entre la multitud y me metió un paquetito en el bolsillo del abrigo. Al llegar a casa lo abrí y encontré un rollo de película con importante información acerca de los alemanes recién llegados. Entre otras cosas, «Wilson» se encontró con que «Hirt» era miembro de un departamento super secreto del servicio de Von Ghelen. Este departamento, bajo el nombre-código de «Archivo» estaba creado secretamente, desde otras potencias occidentales, con el exclusivo propósito de organizar espionaje contra USA, Gran Bretaña y otras potencias de la OTAN. Los estudios de «Hirt» en la escuela militar servían de tapadera para el Servicio Secreto.

Entre otras cosas, tenía órdenes de revitalizar en Inglaterra a varios agentes del tiempo de la guerra. «Wilson» no pudo descubrir si «Hirt» lo había conseguido. Más tarde llegó a mi conocimiento

(Pasa a la pág. 62)



Lonsdale justifica su presencia en Londres como estudiante de lengua china en la Escuela de Estudios Orientales y Africanos, centro frecuentado por muchos oficiales del Intelligence Service. En esta foto, tomada por el agente soviético, se pueden ver algunos de ellos: tenientes Herschfeld, Parri, Angel, Lee y Harpe; este último había servido en Moscú como oficial agregado de Aviación en la Embajada británica. Todos ellos eran muy habladores.



Un amigo de Lonsdale en la escuela de idiomas orientales era Zwi Kedar. Le presentó a un jefe del servicio secreto británico, el comandante Watkins, y a su esposa. Kedar estudiaba chino y era agente israelí. Lonsdale logró hacerle esta foto.



Desayuno en la casa del mayor Straw, de la base del Mando Estratégico norteamericano del aire en Lakenheath. Eran íntimos amigos del agente soviético. Los niños le llamaban «tío Gordon». Viajaban juntos, comían juntos y se comportaban con él muy hospitalariamente. Gracias a Straw, Lonsdale pudo ser presentado en el comedor de oficiales.

si uno
es bueno...
el otro
es
mejor!



**SOLO
GARVEY
SUPERA A
GARVEY**



GARVEY
BODEGAS DE SAN PATRICIO
JEREZ

(Viene de la pág. 21)

to que «Hirtz» trabajaba, después de dejar la Gran Bretaña, en Stockdorf, cerca de Munich. Está claro que fue trasladado a los cuarteles generales de la B. N. D., en Pullach. Aquí perdí su rastro. Es bastante exacto suponer que actualmente trabaja en uno de los países de la OTAN, para el departamento «Archivos».

Negocios

Aproximadamente un año después de mi llegada al Reino Unido y vi claramente que mi estancia sería mucho más larga de lo que esperaba. Esto quería decir que tenía que empezar a pensar en el pretexto que podría alegar para permanecer en Inglaterra desde la terminación del curso de la Escuela hasta que me fuera. Decidí empezar cualquier clase de pequeño negocio antes del fin de curso. Era necesario que el negocio no se interfiriera mucho con mi verdadero trabajo, y pronto pensé que había dado con lo apropiado. Había observado el hecho de que prácticamente no había sinfonolas en Gran Bretaña. Durante mi estancia en los Estados Unidos me había acostumbrado a este ingrediente esencial de la cultura americana, e incluso había tratado algo de dicho negocio en pequeña escala. Exponiéndome a hacer un daño permanente a mis enfitriones ingleses, decidí que la extensión de dichos aparatos por toda la Gran Bretaña sería muy deseable, por lo menos para mí.

No tuve apenas dificultad en encontrar al agente de un fabricante de sinfonolas, la «Automatic Merchandising Co. Ltd.», y compré varios instrumentos que fueron instalados (la palabra comercial es «situados») en varios cafés. Naturalmente los compré con el sistema del «alquiler-compra». Los recorridos detrás de mis máquinas me dieron la excusa de comprar un coche, que fue también de gran ayuda en mis actividades clandestinas.

Cuando terminé mis estudios había establecido ya muchos contactos en círculos de vendedores de máquinas y decidí entrar en este negocio en gran escala. En aquellos momentos, el agente que me había vendido las primeras máquinas estaba buscando un socio, y estuvo muy dispuesto a aceptar las 500 libras que le ofrecí para invertir en su negocio. Poco después, me convertí en socio de otros dos negocios relacionados con la venta de máquinas, la Thanet Trading Co. Ltd., que trabajaba en máquinas de goma de mascar «O Girl», y la Peckham Automatic Co. Ltd., que trabajaba en máquinas de goma de pelotas, que tenía más de doscientas unidades repartidas por todo Londres. Visitar esos sitios significaba encontrar literalmente cientos de personas, los llamados «propietarios de sitio». Esto significaba nuevos contactos. Algunas de aquellas personas se habrán quedado asombrados al enterarse de que me fueron muy útiles en mis actividades de información.

Todo esto me capacitó para meterme en Londres, para explorar sus distritos más remotos y para conocer mejor la vida inglesa.

En 1950, me ofrecieron un puesto de socio en la Master Switch Co. Ltd., para llevar a cabo una invención: una cerradura electrónica, o el «switch» (conmutador), como nosotros le llamábamos. Al principio de 1960, llevamos nuestro «switch» a la Exposición Anual Internacional de Inventores, en Bruselas. Me dió un ataque de risa cuando nuestro artículo obtuvo la medalla de oro al mejor invento británico. Más tarde, la compañía fue rebautizada como la Allo Security Products. Ltd.

A pesar de que estaba realmente sobresargado con un trabajo serio y de una gran tensión nerviosa mientras estuve en Inglaterra, no pude excluir el pensar constantemente en mi familia y en mi país. La nostalgia y la soledad me sorprendían a menudo cuando menos lo esperaba. Naturalmente, esto ocurría con especial fuerza en aquellas fechas en que hubiera estado celebrando algún suceso familiar o una fiesta nacional. Es fácil imaginar la felicidad incomparable que sentí en las raras ocasiones en que conseguí reunirme con mi familia, especialmente después de que nació mi hijo, en 1958.

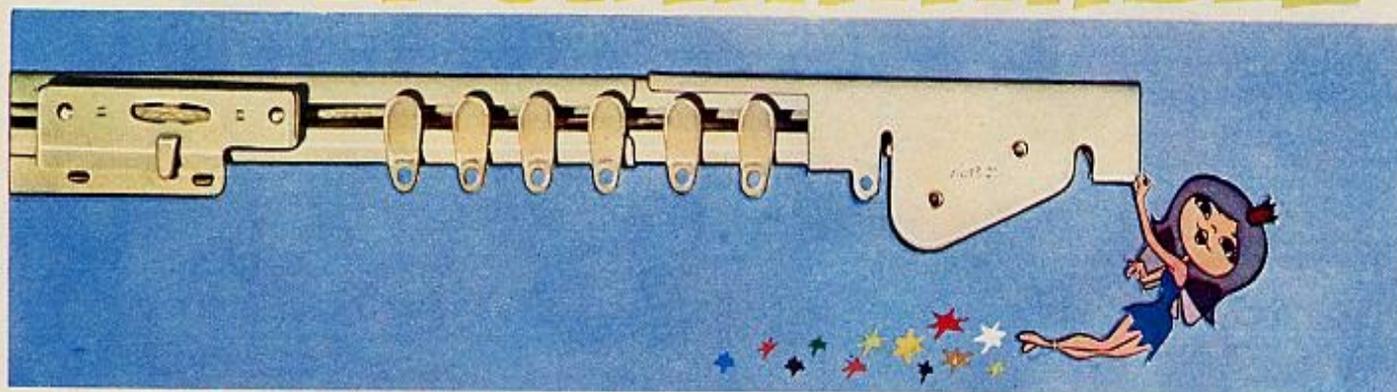
En este punto, creo que ha llegado el momento de decir algo acerca de la técnica de mi principal trabajo a la luz del juicio que siguió.

Después de mi arresto, fui acusado de conspiración, pero no de verdadero espionaje. ¿Por qué? Porque el MI-5 no pudo encontrar prueba de ninguna clase de que hubiera pasado alguna información secreta a una potencia enemiga y de acuerdo con el Acta de Oficiales Secretos, no se comete espionaje sin haber pasado dicha información a un enemigo potencial. Se mantuvo en el juicio que el MI-5 me había vigilado en mis encuentros con Houghton y Gee en junio del 60 y había estado siguiendo «todos los pasos» que yo había dado desde esa fecha hasta nuestro arresto en enero del 61. Esto es una gruesa exageración, dirigida a recomponer las plumas ajadas del Servicio de Seguridad a los ojos del público inglés. Pare empezó, yo había estado ausente de Inglaterra durante cerca de dos meses en este período; en segundo lugar, ¿cómo es que mis vigilantes no me habían visto entrevistarme con otras personas o, especialmente, pasar información? Sólo puede haber dos respuestas: o no estaba bajo vigilancia todo el tiempo, o la vigilancia era insuficiente. Realmente, un profesional bien entrenado en nuestro oficio puede tanto dar como recibir información, incluso estando bajo observación.

En mi juicio, el fiscal general mantuvo que mi información fue pasada por radio a un enemigo potencial por medio del radiotransmisor encontrado en la casa de Peter Kroger, en Ruislip. Al hacer tal afirmación, este eminente jurista demostraba simplemente su completa ignorancia del trabajo de la información y de la electrónica. (Por supuesto, un jurista no tiene por qué entender de ninguna de esas materias, pero por lo menos, podía tener la destre-

SIGUE

EXTENSIBILIBLE



SILENCIOSO



INVISIBLE



Tres cualidades que hacen de un riel un detalle de confort en su hogar...
Estas tres cualidades las reúnen los rieles KIRSCH, imprescindibles en la moderna decoración.
Y, además, usted misma puede instalarlos...

RIELES KIRSCH SE HAN HECHO PENSANDO EN SU HOGAR

Es un producto de "HOFESA" - Vitoria

Kirsch
"HOFESA"

El cuidado de
su persona
comienza
en el cabello

Conservarlo
sano, fuerte,
limpio y juvenil
exige cuidados.

SyJ38

Da vida y vigor al cabello, fortaleciéndolo

Detiene rápidamente su caída

Elimina fácilmente la caspa y la grasa

Hace de ordinario salir de nuevo el cabello

FORTKAN pone a su disposición el INSTITUTO MEDICO DE TRATAMIENTOS CAPILARES SyJ-38, donde bajo dirección facultativa, atenderán gratuitamente su caso aplicando el tratamiento adecuado.



GRS. 2799

za de estar enterado por medio de los expertos que están a su servicio.) El radiotransmisor en cuestión era capaz de transmitir sólo unas cien palabras cada vez; estaba pensado para no ser detectado a condición de estar radiando sólo unos segundos. Sin embargo, el material encontrado en el bolso de Gee en el momento de nuestro arresto contenía alrededor de unas mil páginas de escritura pequeña y toda clase de diagramas electrónicos del tamaño de una sábana de cama o incluso más larga. Hubiera llevado semanas, incluso meses de continua transmisión el enviarlo por radio. Lo cual es simplemente ridículo.

La lista de las direcciones en las que estuve en Londres es la siguiente: marzo-abril 1955: Royal Overseas League Hostel. Mayo 55-junio 58: The White House. Julio 58-agosto 59: Baron's Court (Queen's Court). Agosto 59-mayo 60: St. George's Drive, Pimlico. Junio 60-noviembre 60: Off Bayswater Road. Noviembre 60 hasta el arresto: Otra vez The White House.

Mis cuentas bancarias eran: Cuenta de no-residente (en dólares canadienses) en el Canadian Bank of Commerce, sucursal de Berkeley Square; cuenta de esterlinas en el Midland Bank, sucursal de Great Portland Street.

Cuando me trasladé por primera vez a The White House en mayo de 1955 era esencial que obtuviera un receptor de onda corta. Esto puede que suene como algo misterioso, propio de las novelas de espías. De hecho hay millones de ellos en las casas inglesas y se usan todos los días de la semana. Me refiero a un receptor de radio normal, pero de alta calidad. El que escogí era un modelo Bush «Colonial». No tenía nada especial excepto que disponía de una banda muy sensible de onda corta. Lo compré en Selfridges por cerca de treinta y siete libras. Estaba en mi mesa de trabajo del cuarto de estar del piso de White House y estoy seguro de que nadie le hubiera dedicado una segunda mirada.

La caja era de madera corriente, y encima de ella había una estatuilla del Maneken Pis, la famosa figura de Bruselas. Pero esta radio de pacífico aspecto doméstico era la voz del C. G. de Moscú.

Había un número de frecuencia previamente concertada en la cual eran enviados los mensajes, usualmente tres o cuatro cada mañana. Los mensajes estaban en cifra, así que incluso si la frecuencia fuera escuchada como indudablemente lo era, nadie podía saber qué se estaba enviando.

Por supuesto, también era necesario para mí poder hablar con los C. G., por lo tanto tuve que encontrar un lugar en el que mi transmisor de onda corta, que tenía una potencia de 150 vatios, pudiera instalarse con suficiente seguridad. No tuve que buscar mucho. Todavía estaba en contacto con los Kroger, que por aquel entonces se habían trasladado de su antigua casa en Penderry Rise, Catford, a un bungalow en el 45 de Cranley Drive, Ruislip. Cerca de ella estaba la base aérea norteamericana de Ruislip, un nudo de comunicaciones de radio. No pude pensar en un sitio mejor. La detección era casi imposible.

Es comprensible que éste no es el lugar más apropiado para explicar con precisión cómo se hace un «microdot» (puede traducirse por «micropunto»); se refiere al mensaje secreto que ordinariamente se envía camuflado por medio de una gran reducción de tamaño. N. del T.), pero sí podría decir que todo lo que he leído hasta ahora sobre la materia son tonterías. La mayoría de los que se llaman a sí mismos expertos creen sinceramente que un «microdot» es un punto redondo negro, del tamaño de una cabeza de alfiler, y que normalmente va camuflado en un texto escrito como un punto final. Dado que, en realidad, un «microdot» es una página reducida de tamaño, ¿cómo puede ponerse en forma de un punto redondo? Apenas recuerdo la última vez que fabricé un «microdot» por mí mismo —tanto tiempo hace—. Mis métodos de trabajo eran infinitamente más perfectos.

Volviendo al transmisor encontrado en casa de los Kroger, puedo ahora decir que era mi equipo de reserva. Estaba previsto sólo para casos de emergencia, por ejemplo, para avisar a los C. G. de la inminencia de un ataque nuclear. Pensar que Peter o su esposa podrían manejarlo, incluso en el caso de que estuvieran enterados de su existencia, es mostrar una ignorancia abismal de las cuestiones técnicas. Por supuesto, yo necesitaba comunicaciones de radio para enviar mensajes en materias operacionales, y para este propósito, disponía de un hombre altamente especializado en la materia, con su propio transmisor. Llegó al Reino Unido unos meses después de mí, y en diciembre de 1960, le di órdenes de abandonar el país a toda prisa y lo hizo.

Como regla general, entrenaba a mis colegas a reducir sus contactos personales conmigo al mínimo. Esto era en interés de su propia seguridad, que era de la mayor importancia para mí. Aunque pareciera extraño, lleva bastante tiempo y bastante paciencia, ¡sobre todo paciencia!, inculcar tales métodos. Algunos aprenden con facilidad y rapidez, pero otros no. Houghton pertenecía a la segunda categoría. Parecía querer asegurarse constantemente a través del contacto personal.

Ningún lector razonable esperaría que revelara todo lo que hice durante mis siete años de estancia en Inglaterra. Pero debe quedar claro un aspecto de mi actividad de entonces. Nunca he considerado que mi trabajo estuviera dirigido contra Inglaterra como tal.

No hice, ni hubiera hecho, nada dirigido contra los legítimos intereses de este país. Esto se aplica en la misma medida a la mayoría de mis colegas en Gran Bretaña. Como regla general, eran personas de la mayor integridad que llegaron a comprender el peligro que corría el mundo no sólo de parte del hitlerismo, sino también por parte del militarismo U.S.A., a pesar de los esfuerzos que hacía por encubrir su verdadera naturaleza.

Mi principal tarea era mantenerme informado sobre cualquier posible intención agresiva de Estados Unidos y de la O.T.A.N. en conjunto. No hace falta decirlo, no conseguí la descripción completa; con la gran complejidad de los Gobiernos modernos, no se puede esperar de ningún agente que lo consiga. Pero pude obtener parte de la necesaria información, como las piezas de un rompecabezas que, cuando se colocan en su lugar, hacen inteligible el cuadro entero. Tales fragmentos y piezas procedían de todas las partes del mundo, y después se reúnen y se analizan juntas en un mismo lugar.



En abril de 1959, Gordon Lonsdale realizó un viaje por toda Europa y llegó hasta Varsovia, donde le esperaban su mujer y su hijo, al que no conocía.

Porton, por supuesto, era una categoría casi por sí misma. ¿Puede haber algo más satisfactorio que la tarea de desbaratar los designios de unos maníacos nazis que intentan conseguir venenos letales y gérmenes mortales para la destrucción de los humanos?

Puedo con toda veracidad mantener que el trabajo llevado a cabo por mí en el Reino Unido no amenazó la seguridad del país. Esto puede sonar paradójico, pero es la verdad. La propaganda sobre la agresividad rusa todavía la mantienen viva los Goldwaters y los (no menos siniestros) militaristas alemanes, pero la lógica de los hechos les está restando su antigua potencia. El Oeste mantiene que tampoco quiere la guerra, y yo me inclino a creer en ello, si excluimos del Oeste cierto alto organismo militar, ciertos industriales tejenos, los militaristas alemanes y sus adherentes en otros países. En todo caso, puede tomarse como claramente cierto que nadie quiere el supremo horror de la guerra nuclear (con ciertas excepciones en la «franja lunática»); sin embargo, podría ocurrir por accidente. El tipo de información que reuní sobre los planes del Pentágono y de la O.T.A.N. ayudaron a prevenir, quizá, un holocausto.

Recuerdo haber leído una carta en el «Times» (mayo 1960), que decía entre otras cosas: «Creo que un espía es un valioso, aunque no-reconocido, servidor público. Deba de alabársele por ayudar a evitar sorpresas e incluso por prevenir guerras... ¿Por qué todo ese alboroto por causa de una de las más útiles y más antiguas profesiones del mundo?». No puedo estar más de acuerdo. Esto es exactamente lo que yo sentía sobre mi trabajo en el período de la posguerra. De hecho, sólo esto fue lo que me dio el valor necesario para permanecer lejos de mi familia y mi país durante tanto tiempo; además, yo tengo una ganancia personal en la paz mundial: ¿Quién sabe qué regiones de Estados Unidos y la U.R.S.S. serían destruidas en una guerra nuclear y cuáles supervivirían? Nadie lo puede decir, pero es probable que dada la extensión de sus territorios no fueran destruidos totalmente. Pero un país del tamaño del Reino Unido (y además miembro de la O.T.A.N.) correría la suerte de una bola de nieve en el infierno. Cuando la crisis cubana, yo estaba en la prisión de Winson Green, en Birmingham, y no dudaba de que si empezara la III guerra mundial, toda la Gran Bretaña ardería. Y de que —lo peor de todo— yo no viviría para contarlo.

© NEVILLE SPEARMAN LTD.

PROXIMO CAPITULO:

ARRESTO Y JUICIO